

Nicaragua la dialéctica de la transición

Gorostiaga, Xabier

Xabier Gorostiaga: Cientista social panameño-nicaragüense. Doctorado por la Universidad de Cambridge, es actualmente director ejecutivo de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, CRIES, Managua.

¿Por qué ante las elecciones de febrero erraron las encuestas de expertos profesionales norteamericanos como Greenberg-Lake, UNIVISION, ABC-Washington Post, las encuestas académicas nacionales y del propio FSLN? ¿Por qué los técnicos en opinión pública de ONUVEN, OEA y del Centro Carter también se sorprendieron por los resultados? ¿Por qué la gran mayoría, por no decir la totalidad de los observadores internacionales, creyeron en una amplia victoria sandinista? ¿Por qué Washington y el Presidente Bush anunciaron acomodos para enfrentarse al previsible triunfo del sandinismo? Incluso, ¿por qué la propia UNO, que manifestaba días antes del triunfo su confianza en la victoria, estaba sorprendida por los resultados e impreparada para la transición del gobierno?

Estas preguntas no son retóricas ni tienen una fácil y simple respuesta. El resultado electoral refleja la complejidad y el trauma prolongado sufrido por el pueblo de Nicaragua, que se manifestó en un voto sorpresa. Intentaremos desentrañar algunos elementos iniciales, que por supuesto requieren un análisis más específico y decantado por el tiempo.

Las encuestas electorales son incapaces de captar el significado del voto en un pueblo que no tiene cultura electoral ni experiencia de encuestas, sobre todo en medio de una gran polarización creada por la guerra, el tensionamiento político y la crisis económica.

La nostalgia por la paz de todos los nicaragüenses se entrecruzaba con un dilema vital entre la aspiración por la dignidad y el espacio nacional y la sobrevivencia económica. Una maestra sintetizó este reto frente a Daniel Ortega en el programa «Cara al Pueblo» en 1989, con una pregunta reveladora: «Presidente, usted nos prometió en noviembre de 1984 gallo pinto y dignidad. Voté por el FSLN. He comido 6 años dignidad. ¿Dónde está el gallo pinto?» Una mayoría de nicaragüenses votó por la paz, la sobrevivencia y la superación de las tensiones acumuladas en estos 10 años.

Agotados por la guerra y la crisis económica, confiados en que Violeta B. Chamorro, amiga del Presidente Bush y del Cardenal Obando tendría más posibilidades que el sandinismo, votaron en una ceremoniosa gesta de civismo, serenidad y perpleja ilusión el 25 de febrero de 1990. ¿Espejismo, traición, engaño, resignación, miedo? Los énfasis sobre este voto complejo, güegüense lo han llamado algunos, en un término intraducible, por enmascarar la dignidad, el dolor y la ilusión, fue un voto difícil para el pueblo y de difícil interpretación.

También fue voto de castigo: Contra el Servicio Militar Patriótico, que se refleja en el voto por la UNO, incluso en juntas de amplia presencia de electores vinculados al aparato militar; contra las políticas de ajuste económico, que golpearon duramente el ya mínimo nivel de vida, y que se manifestó en el voto por la UNO, incluso de empleados públicos; contra la prepotencia de militantes sandinistas, el exceso de propaganda y la falta de sensibilidad del «derroche electoral y triunfalismo» frente a la lipidia de la vida diaria. Voto complejo y confuso, que se manifestó en la perplejidad, incluso en las lágrimas cuando Daniel Ortega reconoció la derrota y aceptó el mandato del pueblo.

«Conocí a un guerrillero hace años. En este proceso electoral he conocido a un estadista de alcance continental» manifestó el Presidente Carter a sus colaboradores. Daniel Ortega ha emergido de la campaña y del reconocimiento de la derrota como el gran estadista nacional y el líder del partido mayoritario. El abrazo entre Daniel y Doña Violeta al felicitarla por el triunfo, es un símbolo de que esta complejidad no se puede resolver sin colaboración entre las dos partes. Doña Violeta por su parte representa para muchos la ilusión de la paz, la reconstrucción del país y la reconciliación nacional que su esposo mártir Pedro Joaquín Chamorro Cardenal encarnó.

En este análisis preliminar del carácter del voto se entremezclan un voto por la dignidad, un voto por la paz y la sobrevivencia económica y también un voto crítico contra el FSLN, incluso de sus propios simpatizantes. La lectura de este voto puede ser engañosa para muchos en Nicaragua, pero especialmente para Washington. Algunos nicaragüenses agotados dijeron «uncle», «pidieron cacao» en términos nicas, pero la reacción entusiasta y masiva de los perdedores la semana posterior al voto puede ser más significativa y compleja que el mismo voto.

La dialéctica de la transición

Los observadores internacionales de la ONU y la OEA permanecerán en Nicaragua, incluso hasta después de la transmisión del mando, dada la gravedad de esta transición. La transparencia, libertad y civismo electoral han sido un triunfo gigante para Nicaragua, que ha dado una lección de cultura cívica a todo el mundo. El sandinismo ha demostrado el carácter democrático con la derrota, incluso más que si hubiese triunfado. Este triunfo del civismo y la democracia es una conquista de la revolución, no sólo para Nicaragua, sino también para los procesos democráticos en Centroamérica. ¿Será la democracia la tumba de la revolución sandinista o la democracia gestada por la revolución abrirá un proceso de rectificación, profundización y consolidación de los logros fundamentales? La autodeterminación, la libertad de organización y expresión y las conquistas sociales y políticas para las grandes mayorías marginadas ¿pueden ser afectadas por un proceso genuinamente democrático?

Nunca la posibilidad de la paz y a la vez el estallido social, incluso la guerra civil y la intervención norteamericana, han estado más presentes en Nicaragua. El proceso electoral fue difícil, pero la transición será mucho más, confirmaba uno de los principales observadores de la ONU.

El dilema de la UNO: UNO no es uno. El conglomerado de los 14 partidos sorprendentemente se mantuvo unido a pesar de las fuertes tensiones. El sector más pragmático de Doña Violeta y Antonio Lacayo enfrentan actualmente a un sector revanquista y al sector históricamente más somocista. Los que pretenden que el 25 de febrero de 1990 se convierta en un 19 de julio de 1979 a la inversa, buscan la erradicación total del sandinismo, sobre todo con el desmantelamiento de ejército-seguridad, la privatización del sector estatal y el control de las organizaciones populares, base social del sandinismo. Confían contar con el apoyo de EEUU en esta tarea. Doña Violeta, por su parte, ha demostrado un pragmatismo y sentido nacional notable, matizando su discurso electoral y el tono agresivo de su propio periódico La Prensa. ¿Será capaz de imponerse sobre los viejos políticos, la Contra y las presiones de Washington que pretenden cooptarla para destruir al sandinismo?

El dilema del sandinismo: El FSLN ha reaccionado con una enorme capacidad moral y política a la derrota electoral. «No parece que estamos evaluando una derrota sino celebrando un triunfo», fue el comentario el martes 27 de febrero en la Asamblea Sandinista. «Este es el Viernes Santo del sandinismo, pero resucitaremos como

Cristo» fue la síntesis de Daniel Ortega, evaluando las elecciones ante grupos cristianos.

Esta vitalidad del sandinismo más su peso específico como partido mayoritario frente a una coalición dividida y sin consistencia ideológica, refleja la tensión de los dos meses de transición. El entusiasmo y las masas en las calles no eran de los vencedores, sino de los vencidos. La preocupación y la incertidumbre sobre el futuro era de ambos. ¿Será posible la reconciliación nacional y la reconstrucción del país en esta tensa situación? Claramente, la gobernabilidad política del país depende del sandinismo, pero la reconstrucción económica de la UNO y de Washington. ¿Podrán los equipos negociadores encontrar los mínimos comunes para una relación de trabajo entre el nuevo gobierno y la nueva oposición?

El dilema constitucional: La UNO no tiene en la Asamblea más que 52 escaños. No alcanzan al 60 por ciento requerido para afectar la Constitución. Por tanto, el margen legal constitucional es el arma jurídica de los sandinistas, que invocan el Estado de derecho que la UNO reclamaba en las elecciones. El nuevo gobierno puede negociar modificaciones institucionales, pero no sustantivas, sobre las fuerzas armadas, la banca y comercio exterior nacionalizados y las conquistas sociales incorporadas en la Constitución. Por otro lado el control del gobierno, del presupuesto, de las relaciones internacionales y financieras, de un amplio sector económico del país y grupos afines como el COSEP, y sobre todo el apoyo de Washington, dan un poder de negociación al gobierno de Doña Violeta que el sandinismo no había enfrentado en estos 10 años.

¿Será la confrontación o la concertación la dinámica dominante? ¿Será el marco jurídico o la lucha de clases los que determinarán la transición? Posiblemente resultará una combinación de ambos factores, que requerirá una gran capacidad de liderazgo y de pragmatismo audaz por parte de Violeta y Daniel, para que el país no estalle en un caos político y social.

Las iglesias y los observadores internacionales como Richardson, Carter y Baena Soares jugarán un papel importante como testigos que permitan que la negociación se imponga como instrumento de racionalidad ante los coletazos de una guerra que aún resuena en el horizonte y que la Contra quiere reactivar. La desmovilización de la Contra, por tanto, es la condición previa para crear la atmósfera requerida. La reunión de los presidentes centroamericanos a finales de marzo de 1990 en Managua, sirvió también de prueba para comprobar si el marco de Esquipulas tiene sentido para el futuro. El liderazgo de Oscar Arias está en cuestión, como estuvo

el de Daniel Ortega en las elecciones. El espacio centroamericano sin interferencia extranjera y con verificación internacional para resolver la crisis regional está por tanto también en juego.

El dilema de Washington: ¿ahora qué?

La encrucijada en la capital norteamericana sobre Centroamérica es acuciante. Las elecciones en Nicaragua abren la posibilidad de que la línea más pragmática de Baker aproveche las elecciones con el apoyo de Richardson y Carter en el mismo intento. La nueva credibilidad mundial de Daniel Ortega puede contribuir para iniciar una política más realista hacia Nicaragua.

Sin embargo, hay vientos huracanados en torno al istmo de Darién. La experiencia de Panamá, la huelga del Presidente Endara por falta de financiamiento mínimo, el atentado contra las tropas norteamericanas, las excusas de Washington para financiar al nuevo gobierno democrático de Nicaragua, las dificultades en el Congreso para el financiamiento en El Salvador, indican que Centroamérica seguirá como una molestia permanente en la agenda exterior norteamericana, cada vez con menos apoyo de los aliados y de América Latina. Japón por otro lado está abriendo nuevas iniciativas en la región. Hay cansancio en Washington sobre Centroamérica. Un acomodo elegante es posible para Washington sin soliviantar a la derecha.

Por otro lado, Centroamérica puede convertirse en el hueso que se lanza a la jauría para que se entretenga, mientras se negocia en otras partes del mundo. La avalancha desintegradora del neoliberalismo económico se impone en la región con total apoyo del Banco Mundial, Fondo Monetario y AID. La «taiwanización» de Centroamérica para el mercado norteamericano, que se inició con la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, toma nueva fuerza en la región. El intento de desintegrar el ejército en Nicaragua, como sucedió en Panamá, buscando un modelo costarricense para la región y EEUU como el policía regional, se presenta para la derecha norteamericana como el sueño de la Pax Americana. Panamá fue el inicio de este proyecto de convertir a EEUU en el gendarme del Tercer Mundo, comenzando por el patio trasero. El presupuesto de defensa norteamericano podría reducirse en Europa y en armamento nuclear, pero habría que aumentarlo para armas convencionales y operaciones de despliegue rápido. La derrota electoral del sandinismo para este sector es una prueba del éxito de la agresión múltiple y devastadora de la Guerra de Baja Intensidad. La caída del muro de Berlín demostró para la ultraderecha la victoria histórica del capitalismo que, por tanto, justifica la presión sobre las zonas recalcitrantes del Tercer Mundo. El fin de la Guerra Fría no llega al Sur y me-

nos al trópico centroamericano, que se mantiene como zona caliente, símbolo y lección para el resto de los países subdesarrollados.

Washington será el tercer actor en la transición. Los observadores internacionales y la comunidad internacional tendrán que demostrar ahora su capacidad de preservar el espacio nacional logrado con la honradez y la transparencia de las elecciones. El éxito electoral en medio de todas las limitaciones de la crisis económica y la polarización de la guerra ha demostrado que los nicaragüenses pueden resolver los problemas a lo nica, si no se interfiere y polariza desde el exterior, garantizando un espacio propio de negociación.

El dilema centroamericano

Centroamérica se presenta como un test y ejemplo de colaboración constructiva de las superpotencias y de la comunidad internacional para resolver los problemas de la paz, democracia y desarrollo de la región. Gorbachov y Schevernadze ya hicieron la oferta. También Europa y Japón. El dilema de Washington es aceptar este espíritu de detente global o pretender transformar a Centroamérica en plataforma de lanzamiento de un proyecto de contención ejemplar contra la autodeterminación y la democracia que necesitan los pueblos del Tercer Mundo para lograr la paz. La ejemplaridad de las elecciones en Nicaragua y el reconocimiento por parte del FSLN del nuevo gobierno podría servir de aliciente regional. La verificación internacional de la ONU podría permitir una pronta negociación entre el gobierno de Cristiani y el FMLN. Unas elecciones verificadas en Guatemala, en octubre 1990, ayudarán a superar la cultura del terror que domina ese país, que se ha convertido en la «Sudáfrica de América Latina» por el apartheid contra la mayoría indígena.

El gran peligro de la coyuntura actual para Centroamérica consiste en el olvido y posposición de la solución de las causas estructurales que provocaron la crisis en la década de los setenta. Negociar para evitar el estallido social en los países de la región entre los sectores en pugna, impedir la intervención norteamericana en los asuntos internos respetando el derecho internacional y los acuerdos de paz regionales, es una condición sine qua non, pero no es suficiente para garantizar la permanencia de la paz. La resolución de las causas estructurales de la crisis están pendiente todavía. Nicaragua dio pasos importantes en este sentido, que si fuesen revertidos por el gobierno de Doña Violeta alejarían la paz de Nicaragua y Centroamérica.

Esta grave y posible amenaza del caos en el país y la región es un grito de alerta a la conciencia, al sentido común y a la necesidad de encontrar fórmulas de negociación para resolver lo urgente, pero sin marginar la resolución de las causas estructurales de las crisis nacionales y regionales. Desarrollo con justicia, democracia con participación y autodeterminación nacional con integración regional dentro del marco de los acuerdos de Esquipulas y el Derecho Internacional, siguen siendo los imperativos de la paz centroamericana.